

La voz de Jorge Leslie se hizo repentinamente apagada y breve....

Era una noche de Agosto, caliente y pesada; las casas de Baltimore estaban mudas, la ciudad dormía.

Towah condujo al conde Alberto de Rosen de la mano, por las desiertas calles.

Las piernas del conde se doblegaban al peso de su cuerpo.

Towah se detuvo delante de una casa de modesta apariencia en Long-Island-Street, y dijo:

—Aquí es!

—Ves tú, luz, al través de las celosías? preguntó Rosen.

—Veo luz, respondió Towah; no duermen.... Veo algunas sombras que van y vienen.

—Entonces, llama!

El indio levantó el martillo de la puerta.

—Sois, por fin, vos, señor Ricardo? preguntó en el interior una voz.

—Sí, respondió el conde Alberto, por una inspiración repentina.

La puerta se abrió al punto, y la nodriza de Ellen, tomando las dos manos de Rosen:

—Señor Eduardo, señor Eduardo! exclamó sollozando, acaba de dar a luz un pobre angelito.... la dejaréis morir?

—Margarita, contestó el conde, yo soy Alberto de Rosen, y quiero hablar á Ellen.

Margarita retrocedió, y se cubrió el rostro con las manos.... El salón de miss Talbot estaba alumbrado con una lámpara.

Al través del tabique se escuchaban los gemidos de Ellen.

El conde Alberto y el francés Eduardo estaban solos en el salón.

Estos dos hombres no se habían encontrado nunca el uno frente del otro.

El conde Alberto, que estaba entonces ciego, no pudo ver al francés; el francés no pudo ver al conde Alberto, cuyo rostro desaparecía casi enteramente bajo su máscara.

El francés prorumpió:

—Desdichadas mujeres las que se encuentran caballeros errantes para defenderlas. Acaso me hubiera apiadado de miss Talbot, si vos no hubiérais venido á su socorro.

—Pensais casaros con miss Talbot? pre-

guntó Rosen estrechando su corazón con ambas manos.

—Lo rehusó, respondió el francés.

Hizo un movimiento para retirarse.

—Permaneced, exclamó el conde: si salís de aquí sin mi permiso, sois hombre muerto!

—Un asesinato! gritó el francés.

—Un castigo! continuó Rosen tomándolo del brazo.

Un débil quejido atravesó el tabique.

Ellen llamaba.

—Escuchad! dijo Rosen, si os casais con ella, os cedo todo el oro que me habeis robado.

El francés contestó con una carcajada de risa.

—Si nó consentís, continuó Rosen, os desafío á muerte.

—Vos! exclamó Eduardo con sarcasmo; un ciego?

—Duelo á muerte.... sin piedad, prosiguió Rosen con voz lenta; qué importa la venda que cubre mi vista? Nos pondremos el uno en frente del otro; mi mano sobre vuestro hombro y la vuestra sobre el mio...

—Y la justicia se apoderará del vencedor!.... continuó Eduardo con tono burlesco.

—Ya lo tengo previsto, replica, yo sé dirigir la pluma sin el socorro de la vista. Firmarémos cada uno un papel concebido en estos términos: *Muero voluntariamente y por mi propia mano.* Yo os daré mi firma y vos me daréis la vuestra. El que sobreviva colocará el escrito al lado del cadáver.

El francés miró con desprecio esta proposición pero Rosen le dice:

—Towah está aquí y está armado.

—Está bien, exclamó por último el francés: nos batirémos dentro de una hora. Tengo una carta que escribir, volveré con mis armas.

—Firmad primero, dijo Rosen.

Rosen habia mandado disponer de antemano sobre la mesa todo lo necesario para escribir. Trazó en seguida en gruesos, pero inteligibles caracteres, la fórmula que acabamos de oír y firmó: Conde Alberto de Rosen.

El francés tomó la pluma á su turno y escribió la fórmula.

Rosen escuchó el ruido de la pluma que rechinaba al trazar el párrafo.

—Qué nombre habeis puesto? preguntó en seguida.

—Eduardo\*\*\*, respondió el francés.

Rosen tomó el papel y lo hizo pedazos.

—Este es el nombre del ladron y el de raptor, dijo, yo quiero el nombre del gentilhomme.... el verdadero nombre.

El francés golpeó la mesa con el puño.

—Nada de ruido! dijo Rosen, es necesario que ella no nos oiga.... Volved á comenzar.... yo sé vuestro verdadero nombre....

Al mismo tiempo llama á Margarita, la que aparece en el acto.

—Despertad á vuestro hijo, la ordenó

Margarita tenia un hijo de diez años. El niño vino. Rosen despidió á Margarita.

El francés vaciló un instante ántes de escribir; pero por fin lo hizo.

Cuando Margarita entró habia visto á la medialuz del vestíbulo la sombría figura de Towah que tenia el tomahak en la mano.

Rosen oyó por segunda vez el ruido de la rúbrica.

—Dad el papel al niño, le dijo.

Y cuando éste lo tuvo en su mano:

—Nicolás, hijo mio, lee, prosiguió el conde Alberto, te daré un dolar para que compres bizcochos.

El niño entónces recitó con voz clara y como si hubiera dicho una de esas insulsas lecciones de la escuela parroquial, el escrito del terrible pacto: *yo muero voluntariamente y por mi propia mano.*

Firmado....

Todos los oidos estuvieron prontos á escuchar.

La marquesa se levantó de su asiento, miéntras que por un contraste chocante, el vizconde Enrique de Villiers se dejaba caer sobre una silla.

Jorge Leslie ocupado enteramente con la emocion que producía su relato, habria acaso pronunciado el nombre que queria callar, si el general O'Brien no hubiese tomado la palabra repentinamente:

—Firmad el verdadero nombre del francés, dijo sonriéndose.

Las vizcondesas lo hubieran apaleado de buena gana. La marquesa prometió no perdonárselo en toda su vida.

Enrique de Villiers procuró sonreirse.

—Vaya, dijo arreglando su corbata, que el nombre estuvo á punto de escapársele.

—Firmado, repitió Jorge con voz severa: el verdadero nombre del francés, ladrón y raptor.... Rosen dió un dólar al niño y guardó el papel en su cartera.

Dijo en seguida al francés:

—Teneis una hora, Towah os seguirá.

Y á Towah:

—Si procura escaparse.... Towah tocó su tomahak.

El francés y Towah salieron....

Apenas se hallaban en la calle, cuando Towah cayó herido por un golpe de trillo asestado por detrás.

Mohican, el criado del francés, se encontraba emboscado á la puerta de la casa.

El mismo dia el francés y Mohican se embarcaron en Annápolis en la bahía de Chesapeake, en un pailebot que se daba á la vela para el Havre....

—Este hombre debia ser un cobarde! dijo Elena con encendido rostro y cuya mirada brillaba de coraje; así me lo esperaba!

Ella pronunció estas palabras con voz firme y resuelta.

Todos se admiraron en el gabinete de la marquesa, porque Elena era una jóven muy linda.

—He concluido, replicó él, reclamando silencio con un gesto: he contado los hechos tales como han pasado..... las historias verdaderas no tienen siempre ese desenlace trágico que satisfacen plenamente la curiosidad....

—Pero esta pobre Ellen, preguntó la marquesa.

Ella ha permanecido seis meses entre la vida y la muerte.

Y su hijo?

—Su hijo vive en una adorable niña.

—Y está buena Misstriss Talbot?

—Misstriss Talbot como loca.... el pensar la matará.

El rumor general cubria este interrogatorio particular.

—El conde Alberto! decian estas damas en coro; qué se hizo el conde Alberto de Rosen?

—Yo no sé, respondió Jorge.

—Recobró la vista?

—Mientras yo viví en Baltimore, el conde Alberto permaneció ciego.

—El plazo de los cincuenta dias se habia terminado?

—No señoras.

—Y Towah el Panie?

—Towah es un indio.... él seguirá á Mohicano su enemigo hasta el mismo infierno!

—En suma, la historia no termina?

Ella acabará, señoras, replicó Jorge Leslie, cuya voz sonora tomó un acento mas grave. Si quereis permitirme, esponeros, como dicen, los artículos políticos, el estado de la cuestion, he ahí dos hombres que se han hecho mutuamente cesion y abandono de su vida.

—Esto es lo que allá se llama *un duelo americano*.

El pacto es perfecto, con el consentimien-

to solemne.... Uno de estos dos hombres ha puesto el Océano detrás de él; pobre barrera! No se necesitan mas de dos semanas para atravesarlo. New-York está mas cerca de Paris, que lo estaban, antes Marsella ó Pau.... El conde Alberto vendrá, y un hombre tendrá que sucumbir.... Y si repentinamente viesen desaparecer de vuestro noble círculo á algun brillante caballero.... un accidente.... una muerte súbita y misteriosa.... qué sé yo? Señoras, os acordareis del tiempo que perdisteis en escucharme, y podreis decir: este es el desenlace de la historia.

Jorge volvió á tomar su actitud indolente, apoyado de nuevo en el mármol de la chimenea.

Un prolongado murmullo se oyó en el gabinete.

Pero la voz del vizconde de Villiers dominó todas las demas.

El vizconde hablaba con volubilidad y explicaba á sus vecinos:

—Estos diablos de yankees así son. Sus duelos se parecen á los asesinatos como dos

gotas de agua.... Y notad que este frances de que habla M. Leslie, no tiene ni aun el recurso de hacer su declaracion á los magistrados de nuestro país, para ponerse al abrigo.... se veria obligado á publicar su secreto; he ahí como una triste alternativa, el deshonor ó la muerte!

—A ménos, prosiguió en tono mas bajo, que no se anticipe á ese conde Alberto y le gane la partida!

—El conde Alberto tiene la ventaja, dijo á su lado la voz del viejo O'Brien, que lo hizo estremecer, que muy pocas personas podrán decirle al frances: aquel es el conde de Rosen.... mientras que el conde Alberto de Rosen tiene un amigo, que acaso ya le ha dicho: este es....

—En fin, verémos, verémos; interrumpió precipitadamente el vizconde.

El general O'Brien se volvió, para contestar á la marquesa que lo llamaba.

—Y es cierto que vos conoceis mucho á este Jorge Leslie? le preguntó ella.

—Mucho, respondió el general; me en-

contré con él á bordo del vapor en la travesía de Douvres á Calais.

—Y nada mas?

—Nada mas.... y esto basta.... un guapo mozo.... de talento.... que cuenta historias....

Se besó en seguida las estremidades de los dedos.

—Ah! perfectamente, perfectamente! contestó la suspicaz marquesa.

—Le despediremos, no es verdad!.... continuó el viejo O'Brien: miradlo, ya se acerca á la señorita vuestra hija.... tiene, por vida mia, un agradable aspecto!

En este momento, un criado anunciaba el te, servido en el jardin de invierno.

Las dos puertas-ventanas del saloncito que daban al mismo piso del invernáculo, se abrian en él y dejaban pasar los tibios perfumes de las plantas tropicales.

En el movimiento que se verificó entre los convidados de la marquesa, Jorge Leslie se habia acercado á Elena.

Elena habia permanecido pensativa des-

de que Jorge cesó de hablar. Ella habia buscado sus ojos muchas veces sin encontrarlos. Repentinamente lo vió á su lado, y todo su ser esperimentó una indecible emocion.

—Señorita, dijo Jorge, quien pareció hacer un esfuerzo para vencer su timidez; entre nosotros, en América, los usos son enteramente diversos que en Francia.... yo no sé si es conveniente en Paris solicitar de una jóven por quien se profesa el respeto mas religioso, una conversacion particular.

Elena no pudo dejar de sonreirse, y respondió:

—No, señor, esto no es conveniente.

—Sin embargo, si hubiese alguna cosa importante que comunicarle....

—Se la habla en presencia de su madre, señor.

—Y si la madre debe ignorar....

—Acá, señor, interrumpió Elena, nuestras madres no deben ignorar nada.

—Entonces, señorita, dijo Jorge, me será imposible desempeñar cerca de vos la comision de que miss Talbot me encargó.

—Ellen! exclamó la jóven vivamente.

En seguida añadió por lo bajo sin levantar los ojos porque oia la voz de su madre detras de ella:

—Mañana.... en la embajada del Brasil.... en el baile de la señora duquesa de Rivas.... el primer wals.....

Jorge se inclinó respetuosamente y se alejó al momento.